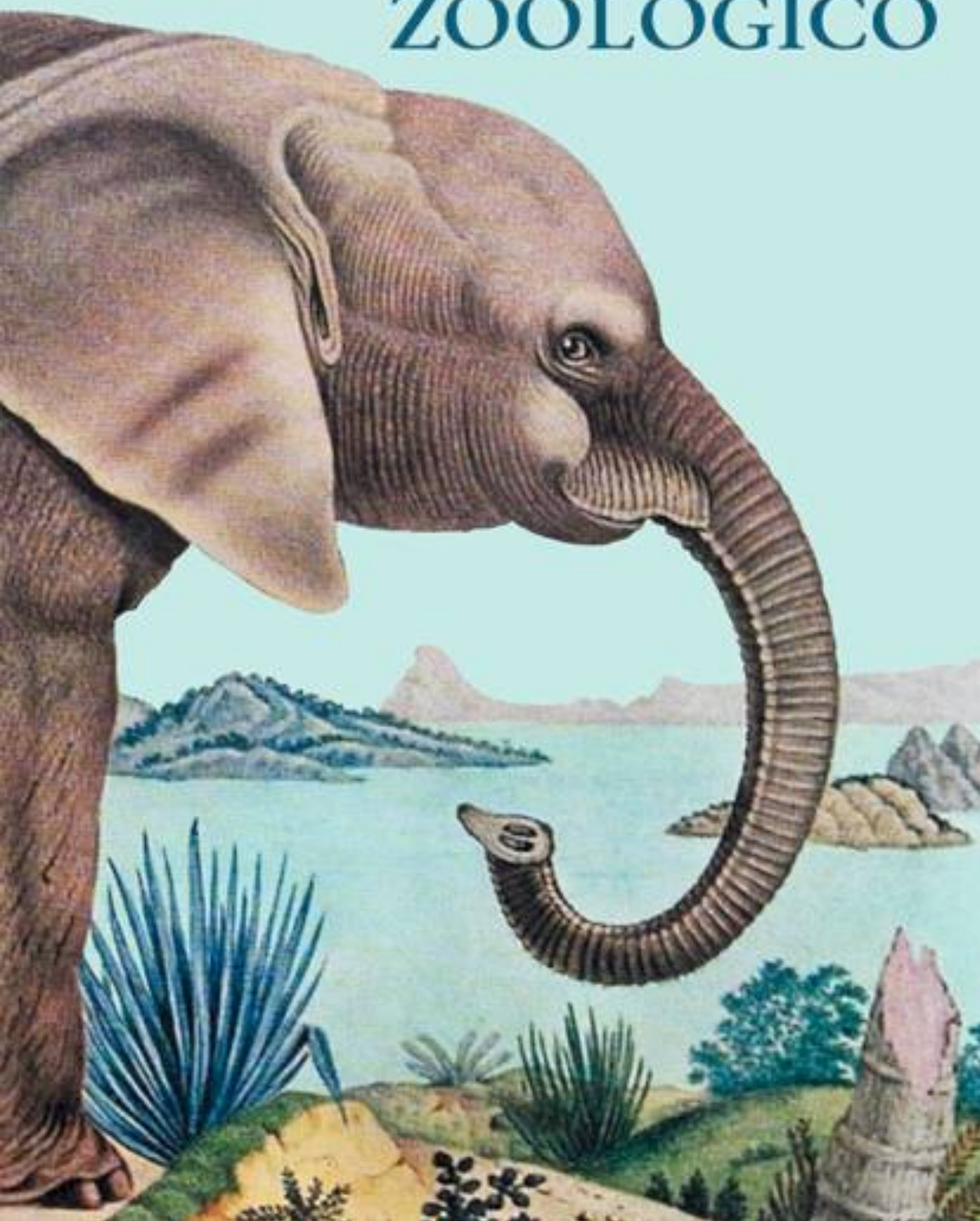


ROBERT WALSER

EL PEQUEÑO  
ZOOLOGICO



Las sorprendentes historias de animales recopiladas en este personalísimo bestiario demuestran una vez más la independiente modernidad del gran autor suizo.

El tratamiento de los seres vivos en la obra de Robert Walser no se distingue por la humanización o el anhelo del estado salvaje, sino que supone más bien una reflexión lúdica, aunque en absoluto inofensiva, sobre los lazos del hombre con las criaturas, que a menudo le acompañan como vecinos mudos e indefensos a los que, en su calidad de amo, se ve obligado a mandar o justificar. Sus gatos, ratoncitos, gorriones o puercoespines son, en ocasiones, bestialmente serios, y otras veces, de una conmovedora sensibilidad. Walser se muestra tan fascinado por su carácter doméstico y servicial como por su inimitable identidad, una doble vertiente que es también la de la compleja relación del individuo con la cultura y la sociedad.

## EL CISNE

En una pequeña ciudad enclavada en un hermoso paraje natural crece, bajo amorosa custodia, un niño guapo y tierno al que todo el mundo le gustaría acariciar cuando lo ve pasear de la mano de su madre, de su padre o del preceptor. Uno supone que es hijo de padres adinerados y cultos; que recibe una educación acaso demasiado elitista, esmerada y cuidada, y que dispone de toda clase de juguetes, de todas las comodidades materiales que un niño pueda necesitar y de ropas bonitas. Las manos de adultos afectuosos juegan con sus suaves rizos rubios, y puede ser que unas tías mimen al pequeño. Detrás de la villa que habitan los padres, se extiende un precioso y antiguo jardín, con árboles cuyas ramas y hojas, que penden a gran altura, hay un pequeño estanque animado con exquisita gentileza por dos o tres cisnes. Como es natural, el niño adora esos cisnes, y suele acercarse hasta la primorosa orilla del agua para meditar con su mente infantil cómo será de profunda la misma. Al niño le fascinan sus propios pensamientos y consideraciones, y entregarse a ese embrujo denota que es ya más maduro de lo que él mismo presiente y más mayor de lo que aparenta ser. El agua verdoso-negrucza le produce una impresión insondable, y ante ella siente un leve escalofrío tan incomprensible como grato. Atrae a los cisnes a su lado con algo comestible. De paso, es preciso mencionar que el pintor ha vestido a sus personajes con los ropajes de la década de 1830, con lo que la escena se torna muy vistosa. El niño experimenta y contempla la misteriosa y lejana belleza de los cisnes, aunque percibe y ve más el objeto que su belleza. Lo ve y lo siente más. En realidad, el atracti-

vo del paisaje aún debe de resultarle ignoto. Seguramente disfrute del terreno y del jardín paternos, pero de momento de una manera pueril. Su ojo ve escondrijos y lugares, luces y sombras. Va a la escuela y hace amistad con compañeros de la misma edad. Poco a poco va cambiando y deja de acudir a ver a los cisnes; otras cosas le atraen y le interesan: critica, lee libros, aprende idiomas. Recorre las calles de la ciudad convertido en un joven elegante, se aficiona en secreto a la animada vida de las oscuras tabernas, que provocan una extraña excitación en su floreciente fantasía. Mide sus fuerzas con las de sus compañeros de juegos y altercados, y en su momento aprende a distinguir entre simpatía y animadversión. En el colegio tiene éxito, pero muestra más talento que aplicación; en general confía en su buena cabeza vivaz, se acostumbra a cierto descuido generoso, cree poder desacreditar la laboriosidad tachándola de trivial pusilanimidad. En modo alguno considera feo o imprudente desdeñar las objeciones paternas; la petulancia y la temeridad le parecen admirables, y la conducta precavida y el esforzado afán, lo contrario de lo bueno.

## TEATRO GATUNO

### Un dormitorio

Pasa de la medianoche. En una cama duerme Michina, una gatita negra cual ala de cuervo, sobre cojines blancos como la nieve adornados con puntillas. Como suelen hacer los niños pequeños, Michina duerme con la boquita abierta. Coloca una de sus patas debajo de la cabeza, mientras la otra cuelga por encima del borde de la cama. Son las suyas unas patas pequeñas y lindas. En la habitación reina un silencio mágico, y de ella emana un aroma propio, parecido al de una cocina infantil en la que se preparan y asan viandas dulces y exquisitas. También emana de ella efluvios principescos hacia la sala de espectadores. Sobre una mesilla de noche arde una diminuta lamparita, parecida a una rutilante flor de cerezo, que difunde un tenue resplandor rojizo hacia la cama. Michina sueña —se nota pues a veces que contrae la pata y parpadea levemente—. Las ventanas de la habitación están densamente flanqueadas, cual si fuera nieve, por visillos y cortinas. También esto tiene rasgos párvulos y florecientes. Mesa, cómoda, butaca y ropero se distribuyen por la estancia de un modo agradable y sin afectación. Los vestidos de Michina reposan sobre una silla, junto a la durmiente. De pronto uno de los visillos se separa y un ladrón, es decir, un gato grande disfrazado de capitán de bandidos, sigiloso y acechando con cautela en todas direcciones, entra por la ventana. Calza botas altas de caña vuelta y lleva un sombrero alto y puntiagudo en la cabeza y armas al cinto. Su barba y sus ojos salvajes son espantosos, y sus movimientos son los de un compinche que ya haya

terminado sus estudios. Se acerca a la cama, agarra por el pescuezo a la pequeña y desprevenida Michina, la saca de entre los cojines, la envuelve en un paño y a continuación introduce a la pobre criatura pataleante, que quiere gritar y no puede, en un enorme saco que trae preparado a tal efecto. Sonrisa sardónica y ronroneos de satisfacción. La orquesta toca una melodía ora lastimera, ora suave y bribonamente triunfal. Dentro, en otra habitación, resuena una voz: «¡Michina, Michina!». Esto suena como una canción muy prolongada. El bandolero gira sobre sus tacones con la soltura de un bellaco y escapa a toda velocidad por la ventana. Al instante siguiente se abre otra puerta y entra la niñera de Michina, vestida con un amplio camisón. Una especie de señora Wangel<sup>[1]</sup> trasladada a lo gatuno. Se detiene, petrificada al ver que se han llevado a Michina, e intenta maullar. Pero al fin y al cabo es ya una gata vieja y el susto paraliza sus miembros y su voz. Entre muecas lastimeras se desmaya. Luego vuelve en sí y con un poderoso maullido, en realidad casi el grito de un ser humano, sale corriendo de la habitación.

## Paisaje fluvial con torre

En la torre, arriba del todo, brilla una luz. Es de noche y ruge un viento tempestuoso. Aparece la niñera, con paraguas bajo el brazo. Tras dar unos pasos hacia el público se detiene, cansada por largas caminatas, según parece; saca del bolsillo de la falda un pañuelo moteado en rojo, y suelta un conmovedor y prolongado sollozo. Entre otras cosas se limpia su chata nariz de gata, como acostumbran a hacer las ancianas cuando lloran. Desde que se marchó de casa para buscar a la raptada Michina, han pasado ya cerca de diez años. Habla diez lenguas diferentes, pues ha recorrido

otros tantos países extranjeros. En casa espera la distinguida madre de Michina, que casi no come ni bebe, porque no puede ni quiere acostumbrarse al dolor que le produce haber perdido a su única hija. Entonces también la niñera, sin torcer el gesto ni pronunciar una sola palabra superflua, se calza las toscas botas de campo y camina con sus viejas piernas hasta llegar a esa torre espeluznante, clamando por doquier: «Michina, Michina». A veces, presa de una angustia mortal, grita incluso: «Chita, chita, Michina, Michina», y parecidas expresiones de ternura, absurdas y bobas, sin recibir la más mínima respuesta. En diferentes ocasiones durante el viaje, en la posada, la niñera recibió propuestas de matrimonio de viudos ociosos, pero ella habría aceptado antes una bofetada que tan sucia petición de mano, que solo serviría para apartarla del magno cometido, dulce y triste a la vez, de su vida, es decir, la búsqueda de Michina. Ahí parada, expresa de manera elocuente esa pena suya; pero ahora se gira hacia la torre y repara en la pequeña luz en lo alto. Y un instante después se ve en la necesidad de proferir un fuerte maullido, que suena como si estuviera preguntándole algo a la misma luz. La luz se limita a parpadear; en definitiva, tampoco cabe esperar otra cosa de una luz semejante. «¿Está Michina ahí arriba?», pregunta la niñera. No hay respuesta. «Por favor, dime, querida luz, ¿sabes dónde está mi Michina?». No hay respuesta. Qué impertinencia no contestar a una niñera de buena casa. «¿Entonces no está?». No hay respuesta. La niñera se aleja de la torre. La tormenta apaga de un soplido la luz descarada, insensible. Las nubes cruzan por encima del escenario. Esto debe considerarse una imagen de la más estricta soledad. La niñera llora y se dispone a continuar su camino. Alza un pico de la falda y se limpia los ojos con él.

## Un café cantante

En suma, esto es lo que ha conseguido Michina: que la hayan vendido a agentes de los teatros de varietés. Veamos. Es verdad, ahí está subida al escenario, con una miserable faldita de lentejuelas, zapatos altos de tacón y medias de un rojo vivo que se le ven hasta por encima de las rodillas, obligada a bailar para ganarse el jornal. Entretanto, se observa a simple vista que se ha puesto muy guapa, y además su número es también el mejor de todo el programa. Ella tiene un aire de elegancia, de orgullo, que solo puede deberse a su origen. Los gatos espectadores son unos tipos de aspecto plebeyo, con anchos hocicos y modales infectos. Cierran de golpe las tapas de las jarras de cerveza con las patas delanteras y se alegran de la embrutecida irrelevancia de sus actos. Miasmas perniciosas flotan por el local. Las camareras sirven deseando siempre beneficiarse. Michina baila, y en cuanto termina su danza, se sienta con las demás bailarinas en un banco tapizado en terciopelo para soportar, impasible, miradas insistentes y chanzas. Mantiene agachada la cabecita y, como absorta en intensos y dolorosos pensamientos, juega con sus patas con las puntas de su faldita de baile, que hacen frufrú. Sus ojos, cuando los abre, son grandes, tristes y bellos. Y amarillos. No ha de olvidarse que, en estas circunstancias, tal como están las cosas, son ojos de gata, pero de la variedad más fina y preciosa. En ellos parece arder una pena inextinguible vinculada a un recuerdo imborrable. En ese momento, desde abajo un tipo intenta agarrarle la pierna lozana, puaj, con sus patas de cerdo. Ella, con el afilado tacón de la bota, le propina un fuerte golpe en la ancha cara hociocuda, y él sale corriendo dando fuertes maullidos para denunciarla al posadero. Por desgracia se trata de un buen amigo de este. El posadero se abalanza hacia delante y abofetea a Michina, que rompe a llorar. Las camareras, deseosas de halagar al cliente, dicen que eso está bien, que es lo apropiado, que no hay como soltar un buen bofetón a tiempo, que eso es saludable para una pava arrogante como esa. Michina llora y tiene que bai-



lar entre lágrimas, pero su baile es de tan dolorosa belleza que los puercos más disolutos, por alguna intuición íntima, dejan de importunarla. El brillo húmedo de los grandes ojos de Michina, pletóricos de energía, los ha intimidado. Los gatos gritan «¡Bravo!», aplauden con las patas y lamen la cerveza derramada en las mesas. El posadero, un animal gordo, muy chusco, pone cara de importancia con una expresión de infinita comicidad.

### Calle elegante con verjas de jardín

Han pasado otros diez años. La gata niñera aparece, inclinada, sobre un bastón nudoso, medio ciega de tanto buscar: diez años, veinte años, y por entonces, cuando yacía en la camita, tenía cuatro años, uno más, y tendrá ya veinticinco, piensa ella intentando sonreír con su viejo hocico. ¡Oh, qué sonrisa viejísima, apergaminada, la suya! Se le desperdiga por la boca igual que un viejo muro de piedra resquebrajado. Es una luminosa mañana de domingo. Sobre los arbustos del jardín, brilla un sol deslumbrante. Tiene, si uno desea demostrar a todo trance que es culto, algo del impresionismo francés moderno. La anciana se ha sentado en una de las dos piedras, como las que se ven a veces delante de las puertas de jardín, y suelta una ligera tosecilla. Así sucede cuando uno es viejo: uno tose incluso en lo más caluroso del verano. Cuán libre de dolores está ahí sentada. La búsqueda se ha convertido para ella en una costumbre, valga la expresión, querida, imprescindible. Hace mucho que ya no rastrea para encontrar, sino por el placer de la prospección, del que ella misma no es consciente. Le basta con cumplir el último asomo de su obligación. Ya no espera. La esperanza hace mucho tiempo que se ha convertido para ella en una profanación. Tampoco se le da ya muy bien buscar; a andar y mirar un poco: a eso se dedica exclu-

sivamente. Vieja, se ha hecho vieja y está tan cansada, tan débil, tan caduca, tan amortizada...; toda su vida gastada en el deber. Ahí está sentada, y la gente gatuna pasa a su lado distraída, creyendo que se trata de una mendiga perezosa. Todos le dedican una mirada de cierta insolencia. Las niñeras pasan balanceando los cochecitos para niños. Los obreros y caballeros con sombrero de copa, todos gatos, por supuesto. Pero lo gatuno y lo humano se confunden. Los caballeros se retuercen los bigotes que les llegan hasta detrás de las orejas. Como es lógico, todos caminan erguidos, más o menos tiesos. Pasa, raudo, el tranvía. Niños gatunos muy jóvenes juegan saltando por ahí, y el sol sonrío con inmensa amabilidad. Detrás de los arbustos del jardín señorial brilla el tejado de pizarra gris azulado de una casa, y ahora, vieja niñera, ¿qué va a ser esto? ¡No, no! No te duermas. ¿Es que no lo ves? Una mujer joven, de belleza celestial, envuelta en velos blancos, ha salido por la puerta del jardín. La anciana hace miau, miau... y se desploma, muerta de alegría. La hermosa aparición es Michina. Se ha convertido en una gata guapa y distinguida, esposa de un ministro. Al ver desplomarse a la anciana, le asalta un presentimiento. Se apresura a acudir junto a ella, la reconoce, se arrodilla a su lado, petrificada. No es de extrañar, pues ahora siente el asalto avasallador del mundo de la infancia.

## CUADRO VIVIENTE

Un patio de una gran ciudad iluminado por la luna. En medio del patio, una jaula de hierro. Un canto procedente del interior resuena en la sala de espectadores. Un león atado con una cadena. Una espada junto a la jaula. Algo más lejos, una figura oscura e irreconocible. La que cantaba, es decir, una mujer joven y hermosa, se inclina, arriba, asomada a una ventana iluminada por las candilejas, sin dejar de cantar. Parece una princesa prisionera o una cantante de ópera. Al principio, el canto ha sido un sencillo ejercicio de solfeo propio de una colegiala, pero poco a poco se amplifica y dilata hasta conformar algo grande, algo humano; es arrebatador, se lamenta, y a continuación parece complacerse en su propio dolor. La cantora abre la ventana de par en par y lanza una bella escalera para bajar. La mujer desciende, cantando todavía. Por la jaula de hierro o de acero asoma ahora una cabeza masculina muy pálida, rodeada por cabellos negros y desgreñados. Los ojos del hombre hablan el lenguaje mudo de la desesperación; la boca ancha, plebeya, cabría decir, sonrío, pero ¿qué atroz sonrisa es esa? La ira y la aflicción parecen haberla ensamblado con absoluto sigilo a lo largo de un ejercicio de años. Tiene las mejillas hundidas, pero el rostro expresa una indecible bondad, no aquella que procede de la amenidad, sino de la experimentación de lo más penoso. Con un movimiento inimitable, la cantante se sienta en el borde de la jaula, la mano se posa, acariciadora, en la cabeza del encerrado. El león hace sonar la cadena. ¿Es que aquí todo, todo está cautivo? Veamos. Ciertamente: tampoco la espada del suelo se mueve, pero vive, porque ahora genera un leve ruido, sus-

pira. ¿Qué época es esta que arroja a las cantantes con los leones, al lado de gentes que tienen el extraño hábito de vivir en jaulas de hierro? De repente, la luna, desde su altura inconmensurable, se precipita al patio, a los pies de la mujer. Esta posa los pies sobre la esfera pálida y resplandeciente y se mueve, en círculo, alrededor de la jaula. Entonces la luna se descompone y disgrega en un amplio ropaje, o en una especie de tapiz, o en una capa de niebla blanquecina, las casas que forman el patio desaparecen, cumbreras alpinas de un blanco cegador ascienden despacio desde el fondo del escenario, la niebla se acumula a los pies de los Alpes, una estrella rojiza baja volando desde el aire negro azulado hasta el peinado de la cantante. Este adorno es deslumbrante, pero en ese momento se alza de la jaula un alto abeto verde oscuro, y el hombre, cubierto con una soberbia armadura, queda bajo las ramas del abeto, pero todavía hay más: allí donde un león tiraba de la cadena, ahora se alza un templo delicado de estilo griego antiguo. La espada, por lo visto, se ha movido, pues ahora se encuentra de manera prodigiosa en las manos del hombre, ¡y qué hombre! Las palabras ni por asomo consiguen pergeñar una descripción de su figura rebosante de fuerza. Canta, o algo a su alrededor parece estremecerse entre sonidos. Tras las montañas, doblan las campanas. Un lejano lago azul de formas perfectas, pero reducido, se refleja en el aire sobre las cabezas de los actores. Del suelo del escenario brotan hierbas, plantas y flores. Nos encontramos, creemos, sobre un prado exuberante en las estribaciones de una montaña. Ahí viene además una vaca, tolón, tolón, pa-ciendo apaciblemente. Un zumbido lo envuelve todo. Mas ¿dónde está el sol? Ay, bajo lo soleado, uno olvida la presencia del sol. Pero súbitamente una mano negra y descomunal se posa sobre todo eso con los dedos estirados y lo aplasta. «¡Abajo!», truena una voz infernal, y de nuevo aparece el patio negruzco; el león ruge; el tiempo está apoyado en un poste, algo apartado de los rugidos, incognosci-

ble y sumido en un silencio sepulcral; la cabeza del hombre asoma por la jaula, murmurando algo, y el artístico dolor brota de nuevo cantando por la ventana. Entremedias se escuchan los lejanos, muy lejanos trinos de un pájaro, lo que obliga a pensar en el lago que está suspendido en el aire. La espada cae al suelo con un ruido sordo. Ahora el canto de la mujer desciende hasta la escuela de canto del principio, y el hombre se agacha deprisa y desaparece por completo en su entorno férreo o de hierro fundido. La oscura figura fuma un cigarrillo, como si quisiera decir: he aquí mi distintivo. Con ello, de hecho, el cuadro toma otro giro, pues, tras un momento de oscuridad, los espectadores contemplan un café moderno donde unas cuantas personas leen la prensa con avidez. Golpean suavemente con los dedos la letra impresa mientras esbozan una leve e insulsa sonrisa y luego dicen: «¡Camarero, la cuenta, por favor!». El león entra paseando con elegancia, seguido por la supuesta princesa; también aparece el hombre, una «figura interesante»; luego la espada muy bien peinada, y a continuación el lago de ojos azules con un traje nuevito, y uno detrás de otro piden una taza de café y traban conversación.

## UN ACTOR (I)

El león abisinio del zoológico es muy interesante. Es un intérprete de tragedia que se consume y engorda al mismo tiempo. Se desespera (indecible desesperación) y al mismo tiempo se mantiene orondo. Prospera a la vez que se atormenta despacio mortalmente, se mata despacio atormentándose. Y esto ante los ojos del público espectador. Yo mismo he estado largo rato delante de su jaula sin poder apartar los ojos del drama del monarca. Por cierto, un comentario adicional: me gustaría cambiar de profesión, si fuera rápido y fácil, y convertirme en dibujante de animales. Podría hartarme de pintar al león enjaulado. ¿El apreciado lector literario ha contemplado con atención un ojo de elefante? Rebosa grandeza y primitivismo. Mas ¡escuchad! ¿Quién ruge ahí? Ah, es nuestro dramaturgo. Es al mismo tiempo autor e intérprete de sí mismo. A pesar de que a veces parece fuera de sí, jamás se inmuta, porque la dignidad es innata en él. O sea, dignidad y al mismo tiempo salvajismo. Consideremos lo hermoso y grande que es cuando duerme. Sin embargo, queremos verlo cuando barrunta la hora de comer. Entonces se convierte en un niño impaciente, seducido por la idea de la próxima comida. Al menos entonces tiene algo que hacer, puede desgarrar carne fresca, comer como es debido. Cuán notablemente debe de conocer al cuidador semejante animal encerrado; con toda seguridad también lo amará de un modo especial. Qué divino es en la calma. Parece afligirse, tener pensamientos muy concretos, y podría jurar que está sumido en bellos y nobles razonamientos. ¿Te has dejado ya contemplar por él? Si lo intentas, en algún momento dirigirá su mirada ha-

cia ti. Tiene una mirada divina. Pero cómo está cuando, inquieto, arrimando su fuerza principesca a las paredes de la jaula, camina de un lado a otro por su celda. Siempre de un lado a otro. De un lado a otro. Durante horas. ¡Qué escena! De un lado a otro con la poderosa cola azotando el suelo.